

## VIENTO

Datos de contacto:

Autor: Javier Peñas Fernández

Correo electrónico: [javierpenasf@gmail.com](mailto:javierpenasf@gmail.com)

Teléfono: 634 569 078

Correo postal: C/ Brújula, 39 – 28023 Madrid

© Todos los derechos reservados

## PRIMERA PARTE

## Capítulo 1

Imposible. No había forma de que Jon evitara el recuerdo del día en el que Luis murió en accidente de avión. Agarrado a su asiento en el Boeing 747 con destino a Nueva York, se esforzaba por atraer pensamientos agradables. Sin embargo, los únicos resultados de aquel empeño fueron unas manos blancas, sin sangre, de tanto apretar los dedos contra los reposabrazos. Aún era Jon un niño cuando su hermano tuvo el accidente, pero el miedo refrescaba la memoria.

El haz de luz que entraba por la ventanilla del Boeing se movía de un lado a otro. Su hermano Luis. Se contó cincuenta y cuatro pulsaciones en los treinta segundos que estuvo mirando el reloj. El aparato se desplazaba tranquilo hacia el arranque de la pista de despegue. Solo se oía el zumbido de los motores. Jon cerró los ojos al detenerse el avión y se apoyó con fuerza contra el respaldo de la butaca. Supuso que una energía sobrehumana se reconcentraba en las tripas de aquel ingenio para explotar y lanzarlo al cielo, como si se tratara de un dardo.

No tardó la aeronave en moverse de nuevo para acelerar con furia hasta alcanzar los 290 kilómetros por hora que necesitaba para separarse del suelo. Una puerta del compartimento del equipaje de mano, situado sobre las cabezas de los pasajeros, se abrió y un crío comenzó a llorar. Jon sudaba mientras se preguntaba si las vibraciones las provocaba un flap desajustado o los baches de la pista. De poco le servían los pensamientos positivos que había memorizado en el curso intensivo que recibió para eliminar el pánico a volar. Índices de riesgo y fórmulas de física aprendidas que eran arrastradas por el tsunami de ideas negativas que le asaltaban. Consiguió acordarse de una de aquellas reflexiones que, bien mirado, no debía incluirse entre las positivas: «Si el aparato se estrella sobrevolando tierra firme hay más probabilidades de obtener ayuda que si el accidente tiene lugar en medio del océano». Cuando el morro del Boeing 747 empezó a levantarse, Jon murmuró en voz baja «Alea iacta est». Los oídos se le taponaron, primera fase de un estado que terminaría con su muerte, imaginó. Se dejó llevar y

esperó a que los ansiolíticos le hicieran efecto para que, al menos, la conclusión de su vida fuera indolora. Luis seguía dentro de él.

«... hasta que alcancemos la altitud de crucero, por favor, sigan con los cinturones abrochados y mantengan el respaldo de su asiento en posición vertical», escuchó Jon inmerso en la somnolencia sudorosa en la que se encontraba. Creyó entender a la voz enlatada que aterrizarían en Nueva York a las 14:45. Le pareció ver que su reloj marcaba las 12:45. ¿Significaría aquello que había conseguido dormir seis horas y que aterrizaría al cabo de dos? Cambió de postura para incorporarse y volvió a mirar el reloj con una mezcla de preocupación y esperanza. Al final del pasillo, una pantalla indicaba en tiempo real la ubicación del avión en un mapa, mediante una línea roja discontinua que partía de Madrid y terminaba en Nueva York. Según esa pantalla, sobrevolaban algún punto en la frontera entre España y Portugal. En ese momento cayó en la cuenta de que la hora a la que se refería la tripulación debía de ser la local en Nueva York. Aún le quedaba casi todo el vuelo por delante. Bajó de golpe la ventanilla y alargó el brazo para dirigir la salida de aire hacia la cara. Cerró los ojos. «Mejor no pensar», se dijo. Sabía que debajo de la bodega del equipaje solo existía el vacío, la nada, a lo largo de unos cuantos kilómetros hasta llegar al suelo o, lo que era peor, dentro de poco, al agua del océano que, desde esa altura, era más sólida que un bloque de hormigón armado. Recordaba cómo el fuselaje de los aviones estrellados parecía hecho de cartón relleno de espuma amarilla. Se le ocurrió que era como si volasen en el interior de una ilusión adornada a conciencia para evitar el pánico.

—¿Podría subir la persiana? —pidió a Jon la mujer que viajaba a su lado.

—Perdone —insistió ella elevando el tono de voz, mientras Jon seguía con los ojos cerrados— ¿le importaría subir la persiana de la ventanilla?

—Discúlpeme, pero preferiría no subirla —respondió Jon sin levantar los párpados.

Ella cogió una revista y pasó las páginas con energía. «Algunas personas son más previsibles que el mal aliento», pensó Jon a la vez que absorbía el olor a queroseno que inundaba la cabina por si los efluvios de aquel carburante pudieran servirle como narcótico. No fue así, aunque se acordó de aquella cena con su mujer y su hija ambientada con fragantes coles de Bruselas, de hacía ya unos cuantos meses.

\* \* \*

«Creo que voy a nominar a ese listo, se lo tiene muy creído», dijo uno de los participantes en el programa de televisión mientras no dejaba de palparse el lóbulo de su oreja.

Mónica, de brazos cruzados, no apartaba la vista del plato lleno de coles de Bruselas.

«¿No le vas a decir nada?», dijo Elisa con los ojos dirigiéndose a Jon. Ella alcanzó el mando a distancia.

«El Ibex ha bajado un 4,5%, la mayor caída de... Asegure lo que ama... El perfume de...»

siguió vomitando el televisor. Después, escenas callejeras de violencia con disparos de la policía. Y el olor de las coles. Jon maldijo para sí el mando de la televisión y preguntó a Elisa

por el día que había tenido en la tienda, una mercería a la que los ladrones le tenían afición. La noche anterior volvieron a entrar. Robaron poco, pero fue suficiente para que Jon junto con

Elisa y Merche, la socia de su mujer, tuvieran que estar toda la noche con la policía. A media mañana, Jon volvió al trabajo. La cita con los de Recursos humanos le salvó esa vez; de aque-

lla reunión quería hablar, pero las coles se lo impedían.

—Sabes que no me gustan, papi —dijo Mónica haciendo pucheros fingidos. Otra vez quería que su padre le contara un cuento.

—¿Cómo se lo ha tomado Merche? —preguntó Jon.

—Mal, cómo se lo va a tomar. No ganamos para pagar el seguro.

—El comercio es lo que tiene. Ya os dije a ti y a tu socia que...

—Déjalo, Jon, por favor. Mejor dile algo a tu hija, a ver si empieza con la cena.

Mónica seguía mirando a su padre. Como siempre, Jon tendría que improvisar. Miró la marina encima de la falsa chimenea. «Coles flotando sobre el infierno», pensó.

—¿A que no sabes cómo se llama esa col que tienes en el plato y que te mira mientras las demás se hacen las locas? —preguntó Jon a su hija.

—Colinda —respondió Mónica sonriendo.

—¿Cómo lo has sabido?

—Siempre llamas igual a las coles, papi.

Mónica partió una de las piezas por la mitad y la pinchó con el tenedor. La olió un momento antes de introducísela en la boca.

—Encima, el seguro no cubrirá todas las pérdidas del robo —continuó Elisa, menos irritada al ver que su hija había empezado con las verduras. Aunque poco, Jon sintió alivio porque el quebranto solo fuera de la mitad, ya que el otro cincuenta por ciento tendría que asumirlo Merche.

—Son unos cabrones, los del seguro, casi más que los atracadores —dijo Jon acordándose de las veces en las que había dicho a Elisa que no se podía tener una tienda en una calle tan mal

iluminada, sin un cierre metálico en condiciones y hasta sin una alarma conectada a una central de seguridad.

—Mira, papi, me estoy comiendo las coles —dijo Mónica.

—Colinda era una col especial. Mientras que todas sus hermanas eran de Bruselas, ella era de Brujas —continuó el padre.

—¿Y por qué era de Brujas?

—Porque era mágica —puntualizó Jon, satisfecho de la desaparición de la mitad de las verduras del plato de Mónica—. Cuando se hicieron mayores, las demás coles no dejaban de meterse con Colinda por ser diferente: era más alargada y puntiaguda que sus hermanas. Un día, llegaron dos agricultores y dijeron «Ya podemos arrancar las coles, ya han madurado. Metamos estas en el cesto para venderlas. Deja fuera a esa, la larguirucha; se la llevaremos al príncipe, como regalo de cumpleaños para que, cuando se haga mayor, sea un rey sabio.»

Jon terminó el cuento de Colinda de cualquier manera al tiempo que a Mónica solo le quedaba una col. Elisa se la quitó de mala gana y le puso un postre de gelatina de fresa.

Ya no entraba claridad por la ventana del salón y el noticiario amenazaba con fuertes vientos para los días siguientes. Jon no pudo más y dijo:

—Me han ofrecido un puesto en la central de Nueva York.

—¿Y? —preguntó Elisa.

—Lo he rechazado.

Su mujer lo miró sin hablarle. Jon dudaba de que le hubiera entendido. Ella debía seguir dando vueltas al asunto de la tienda. Estaba decidido a repetir lo dicho cuando se adelantó Mónica hablando con la boca llena de gelatina:

—Eso está lejísimo ¿no?

—Sí, está lejísimos. Pero da igual, no voy a ir porque...

—Ya vale Mónica —cortó Elisa— es hora de irse a la cama.

—Hoy es viernes y mañana no tengo cole —dijo Mónica con voz quejumbrosa.

—Ya es tarde.

Mónica se levantó, abrazó a su padre hasta dejarle casi sin respiración, dio un beso a su madre y se fue a su dormitorio. Elisa habló de lo que tenía que hacer para volver a la normalidad en la tienda, de la policía y del seguro, pero ni una palabra del comentario de Jon. No se le escapó ni un solo «has hecho bien, cariño». Lo más importante para ella era la mercería, suponía Jon. Si al menos hubiera sido una franquicia tipo women's secret. Una esmirriada mercería. Para él no era más que una rutina que su mujer se empeñaba en continuar, sustentada en el

miedo a reconocer su propio fracaso y que había transformado la ilusión de la apertura de la tienda en un malestar profundo que hacía que cada mañana se levantase de mal humor.

Continuaron los dos sentados en la mesa, callados, viendo en la televisión un reportaje que ofrecían sobre el vuelo sin motor. De improviso, Jon se levantó, quitó el mando a distancia a su mujer y cambió de canal.

—Perdona, no me había dado cuenta —dijo Elisa— ¿Cómo ha sido lo de ofrecerte a ti ese puesto, no es un poco raro?

—Quieren mandar a alguien de confianza.

—No me digas que no hay más gente con ese perfil en tu empresa.

—Puede ser, pero esta vez han pensado en mí. Eso es lo importante. —Como Elisa no decía nada, Jon continuó—. Es una pena, tanto tiempo esperando una promoción y cuando me la ofrecen, tengo que rechazarla. La verdad es que me encantaría ir a Nueva York.

Elisa no respondió y se limitó a recuperar el mando a distancia. En el televisor seguía el cacareo de los asistentes a una tertulia sobre política. Al final, ella desconectó el aparato y se pusieron a recoger la mesa en silencio. Jon retiró el mantel de lino, no sin antes deslizar la palma de la mano por todo él para quitar las migas de pan. Recordó que la mujer que les vendió el mantel les dijo que lo tocaran, que sintieran la tela. Lo compraron en una tienda para turistas en Ibiza. «Mucho amor», remarcó la vendedora mientras acariciaba el paño. Con tanta pasión parecía hacerlo que la dependienta rozó su mano con la de Jon, ocupado en palpar los hilillos entrecruzados del fruncido de los bordes. Se estremeció, al tiempo que olía el perfume de pachulí que flotaba en la tienda. Más tarde, Elisa y él se encontraban en la calle como dos lagartos bajo el sol y con un lienzo de lino que utilizaron a modo de parasol. Jon volvió a oler a coles y a pachulí al plegar el mantel con cuidado y colocarlo en el mueble aparador.

Elisa seguía en la cocina y Jon prefirió ir a la habitación de Mónica, al fondo del pasillo. Quería preguntarle si le había gustado el cuento de Colinda, pero se la encontró dormida. La miró y se vio a sí mismo. Oyó su respiración, infantil y rítmica, reposando sobre una almohada estampada con notas musicales. La vida abriéndose paso entre los muñecos de Disney y el olor a chicle y a lapiceros de cera. En un póster pinchado con chinchetas en una de las paredes, Mónica había dibujado un bigotazo con un rotulador rojo a un Bob Esponja que jugaba con sus amigos. «¿Qué pensaría Bob Esponja si supiera que le habían puesto ese bigote?», pensaba Jon, «primero se reiría con ganas y luego preguntaría quién se lo había hecho para jugar con su autora. Seguro», continuó. Acarició el pelo de Mónica casi sin tocarlo, le dio un beso y salió de la habitación.

Elisa hojeaba un magacín de moda sentada en la cama junto a Jon, que leía el último número de National Geographic. Pronto empezaron a pesarle los párpados. Se introdujo en el lecho mientras se preguntaba cómo serían de fríos los ataúdes en el cementerio del poblado esquimal que acababa de ver en la revista. Se giró, dio la espalda a su mujer y apagó la luz.

—¿No estarías hablando en serio con lo de que te gustaría ir a Nueva York? —preguntó Elisa, pasados unos minutos. Los pensamientos de Jon, que el sueño empezaba a dispersar, regresaron de inmediato al centro de su conciencia.

—No sé —dijo él algo aturdido.

—Jon, aquí tenemos nuestra vida.

—Me gustaría y no me gustaría ir.

—Si quieres, mañana hablamos, hoy he tenido un mal día, con el robo en la tienda y todo lo demás —dijo Elisa antes de apagar la luz.

—Vale.

—Has hecho lo correcto al rechazar el puesto, puedes estar seguro —finalizó Elisa con un bostezo.

Media hora después, la respiración de Elisa ya era sonora y rítmica. Jon miraba una grieta del techo. Su mujer quería pintarla para que no se viera. Él sabía que eso no bastaba, que se necesitaría hacer obra. Con los ojos hechos a la oscuridad, distinguía la cómoda y su espejo, el cuadro, el armario y la puerta. Aún olía a coles. Se incorporó y se bajó de la cama. Sintió el frío en los pies desnudos, atravesó el salón y salió a la terraza. El vaho que exhalaba era espeso. No le importó, continuó examinando los edificios de alrededor y el poco tráfico que había en las calles. Algunos pisos seguían con las luces encendidas. Se sorprendió de lo clara que era la luna y de la cantidad de estrellas que podía ver. «¿Qué hago aquí congelándome?», se preguntó, «y sin embargo, me siento fenomenal, aunque tendría que haberme puesto la bata o, al menos, unas zapatillas». Los dientes comenzaron a castañetearle.

—Malditos aviones —dijo, mirando las estrellas. Cerró la puerta de la terraza y entró en la vivienda.

Regresó al dormitorio. Elisa dormía de costado y Jon amoldó su cuerpo al de ella. Se preguntó si algún día lamentaría perder aquella calidez.

## Capítulo 2

Asustado por la voz que anunciaba el almuerzo en el vuelo, Jon despertó y se cegó con la claridad que entraba por la ventanilla. Bajó la persiana y se aferró a los reposabrazos. Las dos y cinco en Madrid. Allí donde se encontrara en ese momento sería otra hora, una o dos menos. De locos. ¿Dónde estaría, sobre las Azores? El avión avanzaba hacia el oeste, suspendido en el aire mientras el planeta giraba en sentido contrario, olvidado del aparato y de todos sus ocupantes. «La Tierra nos castiga», pensó, «por separarnos de ella. ¿A mí por separarme de Mónica y de Elisa?». Miró de reojo a la pasajera que viajaba a su costado, que seguía hojeando la misma revista.

—¿Bebida, señor? —preguntó la azafata a la vez que le entregaba un paquetito caliente de comida junto con un vaso vacío.

—Sí, vino, gracias; tinto de Rioja, si puede ser.

—Solo tenemos botellas de cuarto ¿Quiere una?

—Deme dos, por favor. ¿Sería tan amable, podría decirme cuánto falta para llegar a Nueva York? —preguntó Jon a la auxiliar de vuelo mientras le ofrecía la tarjeta de crédito. La mujer de al lado le miró entrecerrando los ojos.

—De seis a siete horas. Si necesita saberlo, puedo preguntárselo al sobrecargo —respondió ella.

—No se moleste, era simple curiosidad. Gracias.

Jon quería enfadarse, pero no encontraba el motivo para hacerlo. ¿Sería porque había aceptado un puesto que le obligaba a volar o era por la azafata, porque a ella le diera lo mismo seis que siete horas de vuelo, o era otra la causa? Sabía bien que él y solo él era el responsable de estar aprisionado en ese momento entre la ventanilla y aquella mujer, sin poder estirar del todo ni las piernas ni los brazos. Quiso levantarse y caminar; no lo hizo para no soltarse el cinturón.

La pasajera debía tener una edad indeterminada de entre 35 y 40 años, vestida con un traje-sastre oscuro y unas gafas de pasta negra que contrastaban con una piel traslúcida y unos labios de un rojo aún fresco. Cerca del labio inferior, algo esquinado, se dibujaba un gran lunar de forma irregular. Jon estuvo a punto a preguntarle si también era auditora de cuentas; sin embargo, se limitó a ofrecerle una de las botellas de Rioja e invitarla a brindar por un buen vuelo. Gracias, no bebo alcohol, fue toda la respuesta que recibió Jon a su proposición. La perspectiva de tener que beberse él las dos botellitas de Rioja le agradó más que la de intentar recordar los pensamientos positivos que aprendió para controlar la ansiedad durante el vuelo. Destapó el paquete alimenticio, que le recordó a la comida de juguete de Mónica. Un filetito de cerdo acompañado de media zanahoria y de dos judías verdes redondas, escoltados por una magdalena miniaturizada. Menos mal, pensó, que el vino sabía a vino y que hacía un poco más apetecibles a las insulsas verduras y al filete con sabor a gambas. No tocó el bizcochito del postre. Mientras terminaba el segundo rioja empezó a notar un sopor que le obligó a dejar caer los párpados y a imaginarse sentado en un cine viendo una película en la que él y su mujer eran los protagonistas y en la que no dejaban de discutir.

\* \* \*

Elisa esperaba en la cocina, tras haber preparado un desayuno de sábado, cuando entró Jon. Aquella mañana, ella parecía más joven. Se sentó a su lado.

—Anoche salí a la terraza de madrugada y creo que me he resfriado —dijo Jon. Elisa lo miró brevemente. Era todo el reconocimiento que cabría esperar y decidió continuar—. Casi no he dormido y he podido pensar con calma.

—¿No puedes quitarte de la cabeza lo de Nueva York? —preguntó ella.

—Ya no, Elisa.

—¿Qué quieres decir?

—Voy a aceptar.

Durante unos segundos, Elisa miró a Jon a la cara. La respiración de ella se hizo sonora mientras no dejaba de dar vueltas a su anillo de compromiso.

—Sabes que no puedes, no debes...

Jon esperaba algo así. Él se tomó un tiempo para no parecer ansioso y continuó con la voz más pausada que pudo:

—A Mónica y a ti os vendría bien conocer gente nueva, aprender otro idioma —dijo, mientras rodeaba con las dos manos la taza caliente de café. Después se calló.

En la larga y tormentosa noche que había pasado, Jon se había decidido y había preparado una buena justificación para convencer a Elisa de que era lo mejor. Para él ya era una necesidad. Sin embargo, por la mañana no se sentía con fuerzas para hablarlo con su mujer, hasta el punto de que dudaba del motivo concreto por el que tenía que irse a Nueva York. Resonaban en su mente las palabras «flotar y fango», que se había repetido incontables veces a largo de toda la noche. Flotar y fango. Como si de la memoria inacabada de una pesadilla se tratara, en aquel momento no podía recordar a qué se referían. Aún así, tenía que hablar de ello con Elisa. Aquel era el momento de hacerlo.

—Elisa, sabes que hace tiempo que me siento desubicado en la empresa. No sé si es por la edad o por la maldita crisis o por cansancio después de veinticinco años en el mismo trabajo.

—Ya, como todo el mundo. ¿Conoces a alguien que esté contento en su trabajo?

—Puede ser, pero yo no me conformo con flotar sobre el fango, como parece que hacemos todos. No quiero resignarme —dijo Jon desconcertado y, a la vez, aliviado porque la huidiza frase de la noche había surgido sin buscarla.

—¿Y qué crees, que en Nueva York saldrías de tu barrizal?

—No lo sé, pero si no lo intento no lo sabré nunca. ¿Recuerdas el Iván Illich, el libro que te regalé por tu cumpleaños?

—No me vengas con novelitas, Jon.

La respuesta de Elisa no evitó que Jon se sintiera satisfecho ya que había sido capaz de hablar sin disfraces ni culpabilidades.

—Solo miras por ti mismo, ¿has pensado por un momento en la mercería? —continuó Elisa en un tono que enfrió las esperanzas de Jon de persuadirla mediante una conversación calmada que le permitiera exponer sus razones.

Sabía que no tenía nada que hacer cuando Elisa se ponía en el modo que él llamaba de “piloto automático”. Esta vez, la tienda sería la causante de que su entendimiento se cegara. Jon no podía o no quería comprender que un esmirriado comercio fuera lo que le hiciera comportarse de aquella manera; una mercería en una calle sin tráfico y con un escaparate con unas cuantas bragas y sujetadores colgados como si fueran la ropa interior de unos fantasmas. Jon no volvió a hablar. Elisa se levantó furiosa y golpeó el frigorífico con el respaldo de la silla. Él continuó sentado en silencio mientras que ella salió de la cocina gritándole irresponsable, primero, y cobarde, después.

Jon terminó el café y se quedó mirando por la ventana la estela que había dejado un avión al cruzar el cielo. Era obvio que, ahí fuera, el mundo seguía moviéndose, daba igual lo que hubiera pasado dentro de la casa. Uno podía morir, que la vida continuaba como una apisona-

dora sin conductor. Un escalofrío le recorrió la espalda al pensar que si la noche pasada se hubiera puesto las zapatillas para salir a la terraza, tal vez no habría decidido irse a Nueva York.

Aquel sábado, cuando se cruzaban, Jon buscaba los ojos de Elisa, mirada que ella rehuía. Según pasaban las horas, se oscurecían las ojeras de su mujer y el pelo se le volvía más lacio. No hubo más palabras entre ellos ese día hasta que, ya acostados en la cama, Elisa habló para decir:

—Haz lo que creas que debas de hacer. Ya nos apañaremos.

El resto del fin de semana solo se oyó hablar a Mónica. La niña se debió de dar cuenta de que su padre y su madre respondían con monosílabos porque ella misma terminó por hacer las frases más cortas. Durante la cena del domingo, Mónica intentó establecer una conversación a tres, con un resultado penoso. Nada más terminar de cenar, se fue a su habitación. Jon también se levantó de la mesa, en silencio, y fue tras ella. Encendió una vela con aroma de limón y se sentó en el borde de la cama. Mónica, acostada y con los ojos abiertos, le dijo:

—¿Es verdad que te vas a ir a Nueva York y que nos vas a dejar?

Jon esperaba esta pregunta de su hija y respondió:

—Me iré a Nueva York... dentro de dos o tres meses, cuando pase el verano. Pero, no te preocupes, no me perderé tu cumpleaños. Y no os voy a dejar, como tú dices, nunca lo haré, te lo prometo.

Desde una estantería, Piolín guiñaba un ojo y un dragón verde de peluche no dejaba de reírse.

—Si no me fuera, sería un papá de mentira para ti. —Mónica escuchaba sin hablar—. ¿Qué prefieres un estuche de pinturas de colores con unas cubiertas adornadas con dibujos de flores y mariposas, pero que esté vacío, sin lapiceros, o un estuche marrón, sin dibujos y lleno de rotuladores de todos los colores?

—Eso no tiene nada que ver —dijo Mónica.

—Me llenaré de colores para que te sientas orgullosa de mí.

—Ya lo estoy.

—Pero yo no, Mónica.

La sombra de Pinocho se movía en la penumbra flotante de la vela. Mónica se giró y abrazó con fuerza a su Arthur, el muñeco de peluche con el que dormía.

—Quiero ir contigo, papi.

Jon apagó la vela y desaparecieron Piolín, el dragón verde y Pinocho.

—Aquí está tu colegio y mamá tiene su tienda. Tienes que quedarte y ayudarla. Y todavía no me voy a ir; te aburrirás antes de mí —dijo Jon mientras le hacía cosquillas.

—No me hace gracia. Parece que quisieras irte para no estar con nosotras, para estar solo —balbuceó Mónica.

Jon se aproximó a su hija y la besó varias veces en la cara.

Él se levantó de la cama y ella aprovechó para erguirse, saltar y correr hasta un baúl donde almacenaba los juguetes; sacó un avioncito que tenía enroscada una pulsera y la cogió, dejando caer el avión, que aterrizó sobre un pie de Jon. Este miró el juguete y lo lanzó contra la pared con una mal disimulada patada. La niña le colocó una pulsera de hilos de plástico azul.

—La he hecho yo. Para que te acuerdes de mí cuando te sientas solo en Nueva York —dijo Mónica mientras abrazaba con fuerza a su padre.

Jon atravesó la habitación casi a oscuras, entre aromas de cera y de limón, para dirigirse hacia la puerta. Se paró al notar un chasquido bajo su zapato. Había partido en dos un crayón azul claro. Lo dejó en la mesa y se volvió para mirar a Mónica.

—No pasa nada, papi. ¿De qué color era?

—Creo que azul. No lo distingo bien.

—Como mi pulsera.

—Pues sí. Good night, princesa —dijo Jon saliendo del cuarto.

—Good night, papi.

«Mañana lunes, no se lo van a creer los de Recursos humanos cuando les diga que acepto irme a Nueva York. Espero que no sea demasiado tarde», pensaba Jon mientras buscaba el disco *Some day my Prince will come*, de Miles Davis, en el estante donde apilaba su colección de jazz. Sus dedos cabalgaron ansiosos por las cubiertas hasta que lo encontraron. Sacó el vinilo y pasó la mano por encima de los surcos sin llegar a tocarlos, un mantel de lino con ritmo. Se puso los auriculares, colocó el disco en el aparato y lo encendió. El piano quiso imponer su ley, exhibiéndose en tonos agudos, mientras la batería recorría el fondo. Hasta que una sencilla trompeta los suplantó, la de Miles Davis, y se hizo dueña. Se tumbó en el sofá al tiempo que el saxo tenor de John Coltrane acudía, con cariño, a sustituir a la trompeta amante. Jon gesticulaba con ambas manos como si tocara un saxo. El vacío entre ellas se había llenado de latón. Sopló en la boquilla ya ensalivada. Los dedos presionaban alternativamente las llaves de Re y de Fa. Buscó convexidades perfectas en el instrumento. El meñique jugaba libre con las llaves. Acompañaba a la trompeta de Davis, perdonaba a Coltrane. El saxo y la trompeta participaban en un juego de alternancias hasta que se callaron para que el piano resolvie-

ra con la ayuda de la batería. Poco a poco los ecos de la música se apagaron y, en la misma medida, disminuyó el entusiasmo de Jon, hasta hacerse presentes pensamientos que creía superados como ¿voy a abandonar a mi hija? ¿es que ya no quiero a Elisa? ¿me iré para que Elisa vuelva a quererme?

El tiempo jugaba a su favor y terminó por dormirse. Cuando se despertó seguía convencido, aún con más fuerza, de que tenía que ir a Nueva York, aunque significara distanciarse de su familia y... tener que volar. Flotar sobre el fango. Jon metió el vinilo en la funda y se fijó en la tapa del disco. Miles Davis lo miraba ofreciéndole su trompeta, con cierto descaro. Deslizó la mano por la portada, satinada y desgastada en los bordes, y creyó notar el relieve de los dedos de Miles mientras sostenía el instrumento, una trompeta que se le reveló a Jon como una parte de su corazón. «Quiero flotar, pero no sobre el fango», pensó antes de dejar el disco en el estante junto con el resto de la colección y de dirigirse a su dormitorio.